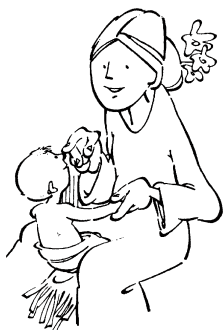


María y el silencio de Dios

Retiro espiritual para Laicos

❖ «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19, 25-29)

*Estrella y camino, prodigio de amor,
de tu mano, Madre, hallamos Dios.*



Tú nos lo diste en Belén, en pobre portal,
en tu regazo lo ven el rey y el zagal.
Tú nos lo diste en la cruz, altar de dolor,
muerto en tus brazos está un Dios Redentor.

Toda la Iglesia con fe eleva un clamor,
puestos los ojos en ti, la Madre de Dios.
Puente y sendero de amor, sublime misión,
la de traernos a Dios en tu corazón.

El dolor de perder a un hijo

Después de un largo silencio, los Evangelios sólo vuelven a hablar de María en las amargas horas de la pasión y muerte de Jesús. No hace falta ser demasiado perspicaz para suponer que María siguió a su Hijo a lo largo de los caminos de Palestina, de Galilea a Judea, durante aquellos tres años escasos de predicación y vida pública. De tanto en tanto aparece

en el Evangelio un grupo de mujeres que seguían a Jesús. Esa presencia se hace más intensa en los últimos momentos. Allí encontramos, junto a la cruz de Jesús, a María con su hermana, María de Cleofás y María la Magdalena, que piadosamente hacían lo que podían por consolarla.

¿Quién puede sentir el dolor que supone perder un hijo si no ha pasado por ese trance? Algo podemos imaginar, sin embargo, y haremos bien en acercarnos, aunque sea de puntillas, a esa escena en la que la Madre está al pie de la cruz donde su Hijo muere. No debemos pasar por alto algunas circunstancias, que hacen que esta situación sea particularmente dolorosa. Dicen que la agonía de un hombre clavado en una cruz es terriblemente cruel; va perdiendo jirones de vida en cada respiración hasta que no puede más y con el último suspiro exhala su espíritu.

¿Cómo vivió María aquellas tres o cuatro interminables horas de agonía de su Hijo? Si a la dureza de esa agonía se añaden las burlas que los soldados y sobre todo los jefes del pueblo hacían del ajusticiado, el dolor tuvo que ser insoportable. Ellos vociferaban, triunfantes y satisfechos: «A otros ha salvado, que se salve él, si es el Mesías», pero Dios no intervenía; ¿cómo soportar ese silencio de Dios sin perder el ánimo y la esperanza?

Y por si fuera poco, aquellos negros pensamientos que perforaban una y otra vez las fibras de su alma: saber que aquella condena era injusta y estaba amañada; que muchos de los que gritaron ¡crucifícalo! no tenían nada serio contra él; que del grupo de los «doce», de los amigos que él mismo había escogido y formado, sólo quedaba uno; que los demás habían huido amedrentados y que fue uno de ellos quien le tendió la trampa que le puso en manos de los judíos...

¿Por qué las cosas no fueron de otra manera?

Perder un hijo en estas circunstancias es lo más duro y cruel que un corazón de madre puede sufrir. María ha sido la madre que al decir «sí» a Dios aceptó soportarlo todo. Ahora entendemos el agudo realismo de aquella predicción que le hiciera el anciano Simeón, cuando acogió en el templo a Jesús recién nacido: «*una espada te atravesará el alma*». Ella fue



sorbiendo el amargo sabor de cada sufrimiento conforme fue llegando, pero supo mantenerse en pie. Si alguna vez llegó a quejarse o a preguntar por qué las cosas no podían suceder de otra manera, por qué era necesario pasar por todo eso, podemos estar seguros de que Jesús sólo pudo darle una respuesta: porque el mal es duro y hace sufrir, y sólo a golpes de dolor puede romperse.

Muchas veces se minimiza la densidad del mal, como si diera lo mismo hacer el bien o el mal. Pero cuando somos nosotros los que sufrimos las consecuencias del mal tendemos a encararnos con Dios y preguntarle, como el pobre Job, por qué deja que suframos. Es lógico que queramos comprender esos secretos de la vida. Pero también hemos de ser capaces de escuchar en lo hondo del corazón las verdaderas respuestas: *no es Dios quien desencadena el sufrimiento humano, sino quien lo soporta*. En Jesucristo, es el mismo Dios quien se ve atrapado por esas redes de decisiones torcidas, de

segundas intenciones, de intereses mezquinos, de cegueras voluntarias que producen sufrimientos, a veces insoportables, de seres inocentes. La historia de Jesús y el camino doloroso que con él recorre su madre pone de relieve que el misterio del mal existe, es real como la vida misma; pero, también descubre una nueva verdad sobre la vida: que sólo el bien logra vencer al mal.

Cuando detuvieron a Jesús, el apóstol Pedro, en un arranque de audacia, quiso defenderlo a golpe de espada; Jesús se lo impidió y le advirtió: *«Envaina la espada: que todos los que empuñan espada, a espada morirán»* (Mt 26, 52). A Pedro le costó, pero aprendió la lección; poco antes de su muerte escribía desde Roma a los paganos convertidos estas recomendaciones: *«no devolváis mal por mal ni insulto por insulto, sino al contrario, responded con una bendición, porque para esto habéis sido llamados, para heredar una bendición. (...) pues es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere Dios, que sufrir haciendo el mal. Porque también Cristo sufrió su pasión, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios... »* (1 Pe 3, 9. 17-18).

Un verdadero cristiano llega a asimilar que el mal sólo se rompe a golpes de bien y, necesariamente, de dolor, ya que hacer el bien en un mundo donde existe el mal comporta inevitablemente sufrimientos, que no son inútiles sino redentores. Tal es la difícil lección que María, con su propia vida, nos ayuda a aprender.



“Ahí tienes a tu hijo”

El único discípulo y evangelista que se mantuvo al pie de la cruz fue testigo del gran gesto de ternura de aquellos últimos y terribles momentos. Jesús en medio de la agonía tuvo aún sensibilidad suficiente como para cuidar de su madre y encomendarla al discípulo que la había acompañado hasta allí: «*Ahí tienes a tu madre*», le dijo, y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa. Pero antes de ponerla bajo la tutela del discípulo, Jesús nos sorprende una vez más poniendo al discípulo bajo la protección de la madre. «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*», había dicho mirando a su madre y al lado de ella al discípulo. ¿Quién debía cuidar de quién?

La pobre madre iba a quedar viuda y sin hijo en una sociedad en la que el hombre era el único soporte jurídico, social y familiar de la mujer. Pero antes de proveer a esta contingencia, imprescindible en aquella sociedad y cultura, Jesús quiere dar a todos cuantos creerán en él el apoyo maternal que él mismo recibió de María. En el discípulo Juan estamos todos sus discípulos. Cuando le dice *ahí tienes a tu hijo* está señalando a Juan y a Pedro y a Santiago y al resto del grupo de los «doce» y a todos lo que, como Juan, vamos a necesitar una madre que nos proporcione firmeza para que la fe no decaiga, seguridad para que la esperanza siga viva, y apoyo para que la caridad no se agote.

Juan proporcionó a María un techo, una familia, la cobertura legal que una mujer que se quedaba sola iba a necesitar. Pero María siguió siendo el refugio discreto y eficaz de aquel grupo desbaratado por el vendaval espiritual que provocó la pasión y muerte de Jesús. Ella tenía que recoger los restos del naufragio que sufrieron los discípulos, ella debía ayudarles a soportar y comprender el silencio de Dios, ella tendría que encargarse de que no perdieran la confianza y que sus negaciones, temores y cobardías tenían perdón de Dios, ella había

de ayudarles a aceptar que la resurrección de Jesús no era una fantasía de su imaginación, sino el cumplimiento de las promesas y la palabra definitiva de Dios, que escogía como piedra angular la que había sido rechazada por los arquitectos.

A ella, que estuvo de pie junto a la cruz de su Hijo, nos acogemos como hijos suyos para que nos ayude a soportar el dolor que comporta hacer el bien, para que nos sostenga en pie cuando todo parece derrumbarse a nuestro alrededor, para que nos enseñe a descifrar el silencio de Dios, para que no deje que decaiga nuestra confianza en las promesas de Dios.

Estas escenas que hoy estamos contemplando inspiraron, en el siglo XIII, una preciosa plegaria: *Stabat mater*, a la que grandes compositores han puesto música. Mientras escuchamos una versión, oramos con la letra traducida al castellano por Lope de Vega.

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.

Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.

¡Oh, cuán triste y cuán aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
Cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.

Y ¿cuál hombre no llorara,
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?

Y ¿quién no se entristeciera,

Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?

Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.

¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.

Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo.

Y, porque a amarle me anime,

Mujer, ahí tienes a tu hijo

en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.

Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.

Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.

¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea.
Porque su pasión y muerte

tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.

Porque me inflame y encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.

Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.

Porque, cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.

- ❖ *¿Qué me dicen los sufrimientos de María en la pasión de su Hijo acerca de la densidad y consecuencias del mal? ¿He sufrido personalmente las consecuencias del mal? ¿Cómo me ayuda la actitud de María en tales ocasiones?*
- ❖ *¿Logro descubrir, a través de la contemplación de estos momentos de la pasión de María, el valor y sentido redentor que puede tener el sufrimiento?*
- ❖ *¿Me ayuda la experiencia de María a entender el silencio de Dios? ¿Tengo el riesgo de que vacile mi fe o se derrumbe mi esperanza? ¿En qué situaciones? ¿Busco en esos momentos la protección maternal de María?*

Salmo 118

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.	el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación.
Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia.	Escuchad: hay cantos de victoria
Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia.	en las tiendas de los justos: «La diestra del Señor
Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia.	es poderosa, la diestra del Señor es excelsa,
En el peligro grité al Señor, y me escuchó, poniéndome a salvo.	la diestra del Señor es poderosa.»
El Señor está conmigo: no temo; ¿qué podrá hacerme el hombre?	La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho,
El Señor está conmigo y me auxilia, veré la derrota de mis adversarios.	ha sido un milagro patente.
Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres, mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes.	Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Señor, danos la salvación. Señor, danos prosperidad.
Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó;	Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.